



Las obras de esta
colección han sido
especialmente
seleccionadas para los
niños y jóvenes chilenos.
Sus versiones están en el
lenguaje de nuestros niños
y jóvenes, y apuntan hacia
su idiosincrasia e
intereses.



CÓDIGO 6714-8



EL FANTASMA DE CANTERVILLE

Oscar Wilde



El fantasma de Canterville

Oscar Wilde

Ilustraciones de
Andrés Jullian





1

Traducción de
J. G. DE LA SERNA

Viento Joven
I.S.B.N.: 956-12-1325-7.
19ª edición: enero de 2007.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 956-12-1279-X.
20ª edición: enero de 2007.

© 1993 por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Inscripción N° 87.715. Santiago de Chile.

Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

Impreso por RR Donnelley.
Antonio Escobar Williams 590. Cerrillos.
Santiago de Chile.

Cuando mister Hiram B. Otis, el embajador de Estados Unidos de América, compró Canterville-Chase, todo el mundo le dijo que cometía una gran necedad, porque la finca estaba embrujada.

Hasta el mismo lord Canterville, como hombre de la más escrupulosa honradez, se creyó en el deber de participárselo a mister Otis cuando llegaron a discutir las condiciones.

—Nosotros mismos —dijo lord Canterville— nos hemos resistido en absoluto a vivir en ese sitio desde la época en que

mi tía abuela, la duquesa de Bolton, tuvo un desmayo, del que nunca se repuso por completo, motivado por el espanto que experimentó al sentir que dos manos de esqueleto se posaban sobre sus hombros, estando vistiéndose para cenar. Me creo en el deber de decirle, mister Otis, que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia, que viven actualmente, así como por el rector de la parroquia, el reverendo Augusto Dampier, agregado del King's-College de Oxford. Después del trágico accidente ocurrido a la duquesa, ninguna de las doncellas quiso quedarse en casa, y con frecuencia lady Canterville no ha podido conciliar el sueño a causa de los ruidos misteriosos que llegan del corredor y de la biblioteca.

—Milord —respondió el embajador—, adquiriré el mobiliario y el fantasma bajo inventario. Llego de un país moderno, en el que podemos tener todo cuanto el dinero es capaz de proporcionar, y con nuestros jóvenes entusiastas y avispados,

que recorren de parte a parte el viejo continente, que se llevan los mejores actores de ustedes y sus mejores *prima-donnas*, estoy seguro de que si queda todavía un verdadero fantasma en Europa podremos ofrecérselo enseguida para colocarlo en uno de nuestros museos públicos o para pasearlo por los caminos como un fenómeno.

—El fantasma existe, me lo temo —dijo lord Canterville, sonriendo—, aunque se haya resistido a las ofertas de los intrépidos empresarios de ustedes. Hace más de tres siglos que se le conoce. Data, con precisión, de 1574, y no deja de mostrarse nunca cuando está a punto de ocurrir alguna defunción en la familia.

—¡Bah! Los médicos de cabecera hacen lo mismo, lord Canterville. Amigo mío, un fantasma no puede existir, y no creo que las leyes de la naturaleza admitan excepciones en favor de la aristocracia inglesa.

—Realmente son ustedes muy naturales en América —dijo lord Canterville,



que no acababa de comprender la última observación de mister Otis—. Ahora bien, si le gusta a usted tener un fantasma en casa, mejor que mejor. Acuérdesse únicamente de que yo le previne.

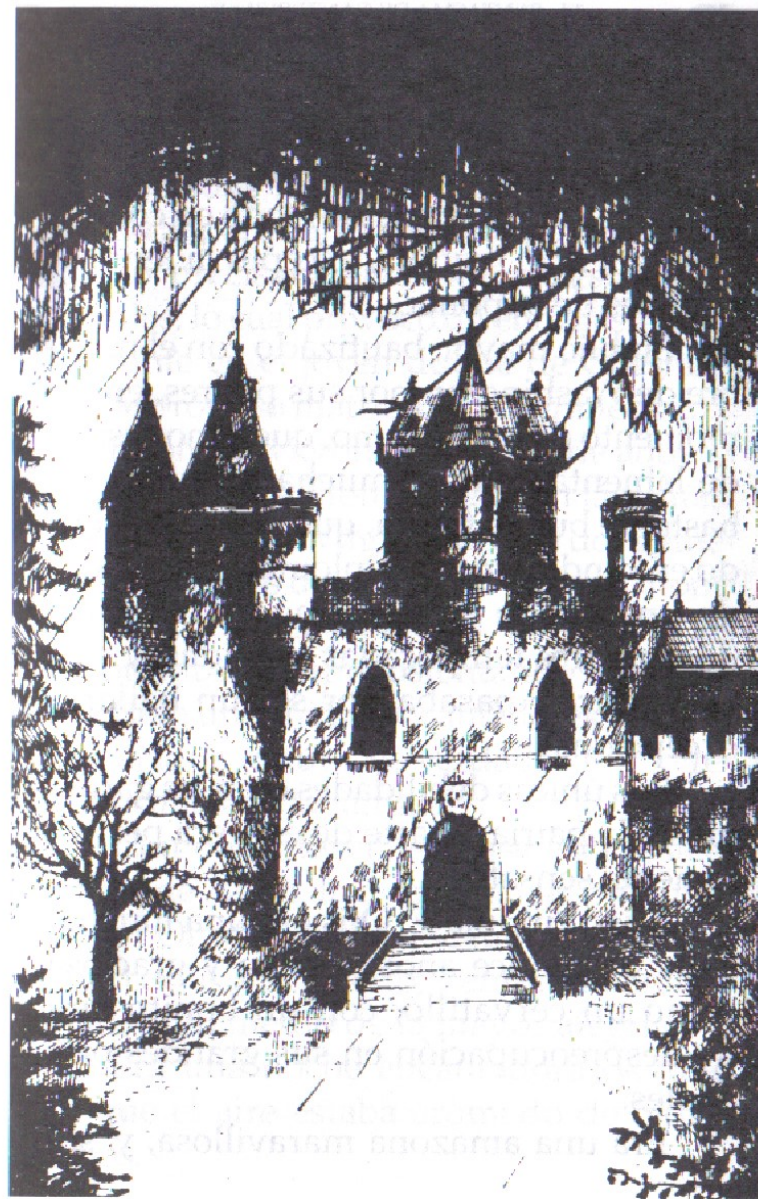
Algunas semanas después se cerró el trato y, a fines de estación, el embajador y su familia emprendieron el viaje hacia Canterville.

Mistress Otis, que con el nombre de miss Lucrecia R. Tappan, de la calle West, 52, había sido una ilustre beldad de Nueva York, era todavía una mujer bellísima, de edad regular, con unos ojos hermosos y un perfil soberbio.

Muchas damas americanas, cuando abandonan su país natal, adoptan aires de personas atacadas de una enfermedad crónica y se figuran que eso es uno de los sellos de distinción en Europa; pero mistress Otis no cayó nunca en ese error.

Tenía una naturaleza magnífica y una abundancia extraordinaria de vitalidad.

A decir verdad, era completamente





inglesa, bajo muchos aspectos, y hubiese podido citársela en buena lid para sostener la tesis de que tenemos todo en común con América, hoy día, excepto la lengua, como es de suponer.

Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington por sus padres, en un momento de patriotismo, que él no cesaba de lamentar, era un muchacho rubio, de bastante buena figura, que se había erigido en candidato a la diplomacia, dirigiendo un cotillón en el casino de Newport durante tres temporadas seguidas; y aun en Londres, pasaba por ser un bailarín excepcional.

Sus únicas debilidades eran las gardenias y la pairia; aparte de eso, era perfectamente sensato.

Miss Virginia E. Otis era una muchacha de quince años, esbelta y graciosa como un cervatillo, con un bonito aire de despreocupación en sus grandes ojos azules.

Era una amazona maravillosa, y, so-



bre su *poney*, derrotó una vez en carreras al viejo lord Bilton, dando dos veces la vuelta al parque, ganándole por caballo y medio, precisamente frente a la estatua de Aquiles, lo cual provocó un entusiasmo tan delirante en el joven duque de Cheshire, que le propuso matrimonio de inmediato y sus tutores tuvieron que expedirle aquella misma noche a Eton, bañado en lágrimas.

Después de Virginia venían dos gemelos, conocidos de ordinario con el nombre de Estrellas y Bandas, porque se les encontraba siempre ostentándolas.

Eran unos niños encantadores, y con el embajador, los únicos verdaderos republicanos de la familia.

Como Canterville-Chase está a siete millas de Ascot, la estación más próxima, mister Otis telegrafió que fueran a buscarle en coche descubierto, y emprendieron la marcha en medio de la mayor alegría.

Era una noche encantadora de julio en que el aire estaba aromado de olor a pinos.



De vez en cuando se oía a una paloma arrullándose con su voz más dulce, o se entreveía entre la maraña y el frufrú de los helechos la pechuga, de oro bruñido, de algún faisán.

Ligeras ardillas les espiaban desde lo alto de las hayas, a su paso; unos conejos corrían como exhalaciones a través de los matorrales o sobre los collados herbosos, levantando su rabo blanco.

Sin embargo, no bien entraron en la avenida de Canterville-Chase, el cielo se cubrió repentinamente de nubes. Un extraño silencio pareció invadir toda la atmósfera, una gran bandada de cornejas cruzó calladamente por encima de sus cabezas y antes que llegasen a la casa ya habían caído algunas gotas.

En los escalones se hallaba para recibirlos una vieja pulcramente vestida de seda negra, con cofia y delantal blancos.

Era mistress Umney, el ama de gobierno que mistress Otis, a vivos requerimientos de lady Canterville, accedió a



conservar en su puesto.

Hizo una profunda reverencia a la familia cuando echaron pie a tierra y dijo con un singular acento de los buenos tiempos antiguos:

—Les doy la bienvenida a Canterville-Chase.

La siguieron atravesando un hermoso *hall* de estilo Tudor, hasta la biblioteca, largo salón espacioso, que terminaba en un ancho ventanal acristalado.

Estaba preparado el té.

Luego, una vez que se quitaron los trajes de viaje, todos se sentaron y se pusieron a curiosear en torno suyo, mientras mistress Umney iba de un lado para otro.

De pronto la mirada de mistress Otis cayó sobre una mancha de un rojo oscuro que había sobre el *parquet*, precisamente al lado de la chimenea, y, sin darse cuenta de sus palabras, dijo a mistress Umney.

—Veo que han vertido algo en ese sitio.

—Sí, señora —contestó mistress

Umney, en voz baja—. Ahí se ha vertido sangre.

—¡Es espantoso! —exclamó mistress Otis—. No quiero manchas de sangre en un salón. Es preciso quitar eso inmediatamente.

La vieja sonrió y con la misma voz baja misteriosa respondió:

—Es sangre de lady Leonor de Canterville, que fue muerta en ese mismo sitio por su propio marido, sir Simón de Canterville, en 1575. Sir Simón la sobrevivió nueve años, desapareciendo de repente en circunstancias misteriosísimas. Su cuerpo no se encontró nunca, pero su alma culpable sigue embrujando la casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y por otras personas, pero quitarla... es imposible.

—Todo eso son tonterías —exclamó Washington Otis—. El producto quitamanchas, el limpiador incomparable del campeón *Pinkerton* hará desaparecer eso en un abrir y cerrar de ojos.

Y antes que el ama de gobierno, aterrada, pudiera intervenir, ya se había arrojado y frotaba vivamente el entarimado con una barrita de una sustancia parecida al cosmético negro.

A los pocos instantes la mancha había desaparecido sin dejar rastro.

—Ya sabía yo que el *Pinkerton* la borraría —exclamó en tono triunfal, paseando una mirada circular sobre su familia llena de admiración.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando un relámpago formidable iluminó la estancia sombría y el retumbar del trueno levantó a todos, menos a mistress Umney, que se desmayó.

—¡Qué clima más atroz! —dijo tranquilamente el embajador, encendiendo un largo veguero—. Creo que el país de los abuelos está tan lleno de gente, que no hay buen tiempo bastante para todo el mundo. Siempre opiné que lo mejor que pueden hacer los ingleses es emigrar.

—Querido Hiram —replicó mistress

Otis—, ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Descontaremos eso de su salario. Así no se volverá a desmayar.

En efecto, mistress Umney no tardó en volver en sí. Sin embargo, se veía que estaba conmovida hondamente; con voz solemne advirtió a mistress Otis que debía esperarse algún disgusto en la casa.

—Señores, he visto con mis propios ojos unas cosas... que pondrían los pelos de punta a un cristiano. Y durante noches y noches no he podido pegar los ojos a causa de los hechos terribles que pasaban.

A pesar de lo cual, mister Otis y su esposa aseguraron vivamente a la buena mujer que no tenían miedo ninguno de los fantasmas.

La vieja ama de llaves, después de haber impetrado la bendición de la Providencia sobre sus nuevos amos, y de arreglárselas para que le aumentasen el salario, se retiró a su habitación cojeando.



2

La tempestad se desencadenó durante toda la noche, pero no produjo nada extraordinario.

Al día siguiente por la mañana, cuando bajaron a almorzar, encontraron de nuevo la terrible mancha sobre el entarimado.

—No creo que tenga la culpa el *Limpiador sin rival* —dijo Washington—, pues lo he ensayado sobre toda clase de manchas. Debe ser cosa del fantasma. —Luego borró la mancha después de frotar un poco.

Al otro día por la mañana había re-

aparecido. Sin embargo, la biblioteca estuvo cerrada la noche anterior y su llave en poder de mistress Otis.

Desde entonces la familia empezó a interesarse por aquello.

Mister Otis se hallaba a punto de creer que había estado demasiado dogmático negando la existencia de los fantasmas.

Mistress Otis expresó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica, y Washington preparó una larga carta a mistress Myers y Podmore* basada en la persistencia de las manchas de sangre cuando provienen de un crimen.

Aquella noche se disiparon todas las dudas sobre la existencia objetiva de los fantasmas.

El día fue caluroso y soleado. La familia aprovechó la frescura de la tarde para dar un paseo en coche.

Regresaron a las nueve, tomando una ligera cena.

* Autores de los *Phantoms of the living*, obra sobre las alucinaciones telepáticas. (N. del T.)

La conversación no recayó ni un momento sobre los fantasmas; de manera que faltaban hasta las condiciones más elementales de *espera* y de *receptividad* que preceden tan a menudo a los fenómenos psíquicos.

Los asuntos que discutieron, por lo que luego he sabido por mistress Otis, fueron simplemente los habituales en la conversación de los americanos cultos que pertenecen a las clases elevadas, como, por ejemplo, la inmensa superioridad de miss Janny Davenport sobre Sarah Bernhardt, como actriz; la dificultad para encontrar maíz verde, galletas de trigo sarraceno y *polenta*, aun en las mejores casas inglesas; la importancia de Boxtton en el desenvolvimiento del alma universal; las ventajas del sistema que consiste en anotar los equipajes de los viajeros; así como la dulzura del acento neoyorquino, comparado con el de Londres.

No se trató para nada de lo sobre-

natural. No se hizo ni la menor alusión indirecta a sir Simón de Canterville.

A las once, la familia se retiró.

A las once y media estaban apagadas todas las luces.

Pocos instantes después mister Otis se despertó con un ruido singular en el corredor, fuera de su habitación.

Parecía un ruido de hierros viejos y se acercaba cada vez más.

Se levantó en el acto, encendió una luz y miró la hora.

Era la una en punto.

Mister Otis estaba perfectamente tranquilo. Se tomó el pulso y no lo encontró alterado.

El ruido extraño continuaba, al mismo tiempo que se oía claramente un ruido de pasos.

Mister Otis se puso las zapatillas, cogió un frasquito alargado de su tocador y abrió la puerta.

Entonces vio frente a él, en el pálido claro de la luna, a un viejo de aspecto terrible.



Sus ojos parecían carbones encendidos. Una larga cabellera gris caía en mechones revueltos sobre sus hombros. Sus ropas, de corte anticuado, estaban manchadas y en jirones. De sus muñecas y de sus tobillos colgaban unas pesadas cadenas y unos grilletes herrumbrosos.

—Mi distinguido señor —dijo mister Otis—, permítame que le ruegue vivamente que engrase esas cadenas. Le he traído para ello una botellita del en-grasador de *Tammany-Sol-Levante*. Dicen que una sola untura es eficacísima, y en la etiqueta hay varios certificados de nuestros teólogos más ilustres que dan fe de ello. Voy a dejársela aquí, al lado de las mecedoras, y tendré un verdadero placer en proporcionarle más si así lo desea.

Dicho lo cual, el embajador de los Estados Unidos dejó el frasquito sobre una mesa de mármol, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El fantasma de Canterville permaneció algunos minutos inmóvil de indignación.

Después tiró lleno de rabia el frasquito contra el suelo encerado y huyó por el corredor lanzando gruñidos cavernosos y despidiendo una extraña luz verde.

Sin embargo, cuando llegaba a la gran escalera de roble, se abrió de repente una puerta. Aparecieron dos siluetas infantiles, vestidas de blanco, y una voluminosa almohada le rozó la cabeza.

Evidentemente no había tiempo que perder, así es que, utilizando como medio de fuga la cuarta dimensión del espacio, se desvaneció a través del estuco. La casa recobró su tranquilidad.

Llegado a un cuartito secreto del ala izquierda, se adosó a un rayo de luna para tomar aliento y se puso a reflexionar para darse cuenta de su situación.

Jamás en toda su brillante carrera, que duraba ya trescientos años seguidos, fue injuriado tan groseramente.

Se acordó de la duquesa viuda, en quien provocó una crisis de terror, estando mirándose al espejo, cubierta de brillantes

y de encajes; de las cuatro doncellas, a quienes había enloquecido, produciéndoles convulsiones histéricas, sólo con hacerles visajes entre las cortinas de una de las habitaciones destinadas a invitados; el rector de la parroquia, cuya vela apagó de un soplo, cuando volvía el buen señor de la biblioteca, a una hora avanzada, y que desde entonces se convirtió en asiduo cliente de sir William Gull y en mártir de toda clase de alteraciones nerviosas; de la vieja señora de Tremouillac, que, al despertarse a media noche, vio sentado en un sillón, al lado de la lumbre, a un esqueleto entretenido en leer el diario que redactaba ella de su vida, y que a causa de la impresión tuvo que guardar cama durante seis meses, víctima de un ataque cerebral. Una vez curada, se reconcilió con la Iglesia y rompió toda clase de relaciones con el señalado escéptico monsieur de Voltaire.

Recordó igualmente la noche terrible en que el bribón de lord Canterville fue

hallado agonizante en su tocador, con una sota de espadas hundida en la garganta, viéndose obligado a confesar que por medio de aquella carta había timado la suma de 10.000 libras a Carlos Fox, en casa de Grockford. Y juraba que aquella carta se la hizo tragar el fantasma.

Todas sus grandes hazañas le volvían a la memoria.

Vio desfilar al mayordomo que se levantó la tapa de los sesos por haber visto una mano verde tamborilear sobre los cristales; y a la bella lady Steelfied, condenada a llevar alrededor del cuello un collar de terciopelo negro para tapar la señal de cinco dedos, impresos como un hierro candente sobre su blanca piel, y que terminó por ahogarse en el vivero que había al extremo de la Avenida Real.

Y, lleno del entusiasmo ególatra del verdadero artista, pasó revista a sus creaciones más célebres.

Se dedicó una amarga sonrisa al evocar su última aparición en el papel de



Rubén el Rojo o el rorro estrangulado, su debut en el de *Gibeón el Vampiro flaco del páramo de Bexley* y el furor que causó una tarde encantadora de junio sólo con jugar a los bolos con sus propios huesos sobre el campo de hierba de *lawn-tennis*.

¿Y todo para qué?

¡Para que unos miserables americanos le ofreciesen el engrasador marca *Sol-Levante* y le tirasen almohadas a la cabeza!

Era realmente intolerable.

Además, la historia nos enseña que jamás fue tratado ningún fantasma de aquella manera.

Llegó a la conclusión de que era preciso tomarse la revancha y permaneció hasta el amanecer en actitud de profunda meditación.



3

A la mañana siguiente, cuando el almuerzo reunió a la familia Otis, se discutió extensamente acerca del fantasma.

El embajador de los Estados Unidos estaba, como era natural, un poco ofendido viendo que su ofrecimiento no había sido aceptado:

—No quisiera en modo alguno injuriar personalmente al fantasma —dijo—, y reconozco que, dada la larga duración de su estancia en la casa, no era nada de cortés tirarle una almohada a la cabeza...

Siento tener que decir que esta observación tan justa provocó una explosión de risas en los gemelos.

—Pero, por otro lado —prosiguió mister Otis—, si se empeña sin más ni más en no hacer uso del engrasador marca *Sol Levante*, nos veremos precisados a quitarle las cadenas. No habría manera de dormir con todo ese ruido a la puerta de los dormitorios.

Pero en el resto de la semana no fueron molestados.

Lo único que llamó algo la atención fue la reaparición continua de la mancha de sangre sobre el *parquet* de la biblioteca.

Era realmente muy extraño, tanto más cuanto que mistress Otis cerraba la puerta con llave por la noche, igual que las ventanas.

Los cambios de color que sufría la mancha, comparables a los de un camaleón, produjeron asimismo frecuentes comentarios.

Una mañana era de rojo oscuro, casi violáceo; otras veces era bermellón; luego de un púrpura espléndido; y un día, cuando bajaron a rezar, según los ritos sencillos

de la libre Iglesia episcopal reformada de América, la encontraron de un hermoso verde esmeralda.

Como es natural, estos cambios calidoscópicos divirtieron grandemente a la reunión y se hacían apuestas todas las noches con entera tranquilidad.

La única persona que no tomó parte en la broma fue la joven Virginia.

Por razones ignoradas, se sentía siempre impresionada ante la mancha de sangre y estuvo a punto de llorar la mañana que apareció un domingo verde esmeralda.

El fantasma hizo su aparición un domingo por la noche. Al poco rato de estar todos acostados, les alarmó un enorme estrépito que se oyó en el *hall*.

Bajaron apresuradamente y se encontraron con que una armadura completa se había desprendido de su soporte, cayendo sobre las losas.

Cerca de allí, sentado en un sillón de alto respaldo, el fantasma de Canterville



se restregaba las rodillas, con una expresión de agudo dolor sobre su rostro.

Los gemelos, que se habían provisto de sus cañas de majuelos, le lanzaron inmediatamente dos huesos con esa seguridad de puntería que sólo se adquiere a fuerza de largos y pacientes ejercicios sobre el profesor de caligrafía.

Mientras tanto el embajador de los Estados Unidos mantenía al fantasma bajo amenaza de su revólver, y, conforme a la etiqueta californiana, le intimaba a levantar los brazos.

El fantasma se alzó bruscamente lanzando un grito de furor salvaje y se disipó en medio de ellos, como una niebla, apagando de paso la vela de Washington Otis y dejándoles a todos en la mayor oscuridad.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, una vez dueño de sí, se decidió a lanzar su célebre repique de carcajadas satánicas.

Había experimentado ya, en diferentes ocasiones, la utilidad de aquel procedimiento.



Contaba la gente que aquello hizo encanecer en una sola noche el peluquín de lord Raker.

Lo cierto es que no necesitaron más las tres amas de gobierno para decidirse a dimitir antes de terminar el primer mes en su cargo.

Por consiguiente, lanzó su carcajada más horrible, despertando paulatinamente los ecos en la antiguas bóvedas; pero, apenas apagados éstos, se abrió una puerta y apareció, vestida de azul claro, mistress Otis.

—Me temo —dijo la dama— que esté usted indispueto y aquí le traigo un frasco de la tintura del doctor Dobell. Si se trata de una indigestión, esto le sentará muy bien.

El fantasma la miró con ojos llameantes de furor y se creyó en el deber de metamorfosearse en un gran perro negro.

Era un truco que le había dado una reputación merecidísima, y al cual atribuía el médico de la familia la idiotez incurable del tío de lord Canterville, el honorable

Tomás Horton.

Pero un ruido de pasos que se acercaban le hizo vacilar en su cruel determinación y se contentó con volverse un poco fosforescente.

Enseguida se desvaneció, después de lanzar un gemido sepulcral, porque los gemelos iban a darle alcance.

Una vez en su habitación, se sintió destrozado y presa de la agitación más vio lenta.

La ordinariez de los gemelos, el grosero materialismo de mistress Otis, todo aquello resultaba realmente vejatorio; pero lo que más le humillaba era no tener fuerzas para llevar la cota de malla.

Contaba con hacer impresión aun en unos americanos modernos, con hacerles estremecer a la vista de un espectro acorazado; ya que no por motivos razonables, al menos por deferencia hacia su poeta nacional, Longfellow*, cuyas poesías deli-

* Longfellow publicó *El esqueleto en su coraza*, poesía que le inspiró el descubrimiento de un esqueleto acorazado en Newport. (N. del T.)

cadasy atrayentes le habían ayudado con frecuencia a matar el tiempo, mientras los Canterville estaban en Londres.

Además, era su propia armadura.

La llevó con éxito en el torneo de Kenilworth, siendo felicitado calurosamente por la *Reina Virgen* en persona.

Pero cuando quiso ponérsela quedó aplastado por completo con el peso de la enorme coraza y del yelmo de acero. Y se desplomó pesadamente sobre las losas de piedra, despellejándose las rodillas y contusionándose la muñeca derecha.

Durante varios días estuvo muy enfermo y no pudo salir de su morada más que lo necesario para mantener en buen estado la mancha de sangre.

No obstante lo cual, a fuerza de cuidados, acabó por restablecerse y decidió hacer una tercera tentativa para aterrorizar al embajador de los Estados Unidos y a su familia.

Eligió para su reaparición en escena el viernes 17 de agosto, consagrando gran

parte del día a pasar revista a sus trajes.

Su elección recayó al fin en un sombrero de ala levantada por un lado y caída del otro, con una pluma roja; en un sudario deshilachado en las mangas y en el cuello, y, por último, en un puñal mohoso.

Al atardecer estalló una gran tormenta.

El viento era tan fuerte que sacudía y cerraba violentamente las puertas y ventanas de la vetusta casa.

Realmente, aquél era el tiempo que le convenía. Esto era lo que pensaba hacer:

Iría sigilosamente a la habitación de Washington Otis, le musitaría unas frases ininteligibles, quedándose al pie de la cama, y le hundiría tres veces seguidas el puñal en la garganta, a los sonos de una música apagada.

Odiaba sobre todo a Washington, porque sabía perfectamente que era él quien acostumbraba quitar la famosa mancha de sangre de Canterville, empleando el limpiador incomparable de *Pinkerton*.

Después de reducir a un estado de terror abyecto al temerario, al despreocupado joven, entraría en la habitación que ocupaban el embajador de los Estados Unidos y su mujer.

Una vez allí, colocaría una mano viscosa sobre la frente de mistress Otis y al mismo tiempo murmuraría con voz sorda al oído del embajador tembloroso los secretos terribles del osario.

En cuanto a la pequeña Virginia, aún no tenía decidido nada.

No le había insultado nunca. Era bonita y cariñosa.

Unos cuantos gruñidos sordos que saliesen del armario le parecían más que suficientes, y si no bastaban para despertarla, llegaría hasta tirarle de la puntita de la nariz con sus dedos rígidos por la parálisis.

A los gemelos estaba resuelto a darles una lección: lo primero que haría sería sentarse sobre sus pechos, con objeto de producirles la sensación de la pesadilla.

Luego, aprovechando que sus camas estaban muy juntas, se alzaría en el espacio libre entre ellas, con el aspecto de un cadáver verde y frío como el hielo, hasta que se quedasen paralizados de terror.

Enseguida, tirando bruscamente su sudario, daría la vuelta al dormitorio en cuatro patas, como un esqueleto por el tiempo, moviendo los ojos en sus órbitas, en su creación de *Daniel el mudo* o el *Esqueleto del Suicida*, papel en el cual hizo un gran efecto en varias ocasiones. Creía estar tan bien en éste, como en su otro papel de *Martín el demente* o el *Misterio enmascarado*.

A las diez y media oyó subir a la familia a acostarse.

Durante algunos instantes, le inquietaron las tumultuosas carcajadas de los gemelos, que se divertían evidentemente, con su loca alegría de colegiales, antes de meterse en la cama.



Pero a las once y cuarto todo quedó nuevamente en silencio y cuando sonaron las doce se puso en camino.

La lechuza chocaba contra los cristales de la ventana. El cuervo graznaba en el hueco de un tejo centenario y el viento gemía vagando alrededor de la casa como un alma en pena; pero la familia Otis dormía sin sospechar la suerte que le esperaba.

Oía con toda claridad los ronquidos regulares del embajador de los Estados Unidos que dominaban el ruido de la lluvia y de la tormenta.

Se deslizó furtivamente a través del estuco. Una sonrisa perversa se dibujaba sobre su boca cruel y arrugada, y la luna escondió su rostro tras una nube cuando pasó delante de la gran ventana ojival sobre la que estaban representadas en azul y oro sus propias armas y las de su esposa asesinada.

Seguía andando, deslizándose como una sombra funesta, que parecía hacer re-



troceder de espanto a las mismas tinieblas en su camino.

En un momento dado le pareció oír que alguien le llamaba; se detuvo, pero era tan sólo un perro que ladraba en la Granja Roja.

Prosiguió su marcha, refunfuñando extraños juramentos del siglo XVI y blandiendo de vez en cuando el puñal enmohecido en la brisa de medianoche.

Por fin llegó a la esquina del pasillo que conducía a la habitación del infortunado Washington.

Allí hizo una breve parada.

El viento agitaba en torno de su cabeza sus largos mechones grises y ceñía en pliegues grotescos y fantásticos el horror indecible del fúnebre sudario.

Sonó entonces el cuarto en el reloj.

Comprendió que había llegado el momento.

Se dedicó una risotada y dio la vuelta a la esquina. Pero apenas lo hizo retrocedió lanzando un gemido lastimero de

terror y escondiendo su cara lívida entre sus largas manos huesosas.

Frente a él había un horrible espectro, inmóvil como una estatua, monstruoso como la pesadilla de un loco.

La cabeza del espectro era pelada y reluciente; su faz, redonda, carnosa y blanca; una risa horrorosa parecía retorcer sus rasgos en una mueca eterna; por los ojos brotaba a oleadas una luz escarlata; la boca tenía el aspecto de un ancho pozo de fuego, y una vestidura horrible, como la del mismo Simón, envolvía con su nieve silenciosa aquella forma gigantesca.

Sobre el pecho tenía colgado un cartel con una inscripción en caracteres extraños, antiguos.

Quizá era un rótulo infamante, donde estaban escritos delitos espantosos, una terrible lista de crímenes.

Tenía, por último, en su mano derecha una cimitarra de acero resplandeciente.



Como no había visto nunca fantasmas hasta aquel día, sintió un pánico terrible y, después de lanzar a toda prisa una segunda mirada sobre el atroz fantasma, regresó a su habitación, tropezando en el sudario que le envolvía.

Cruzó la galería corriendo y acabó por dejar caer el puñal enmohecido en las botas de montar del embajador, donde lo encontró el mayordomo al día siguiente.

Una vez refugiado en su retiro, se desplomó sobre un reducido catre de tijera, tapándose la cabeza con las sábanas. Pero, al cabo de un momento, el valor indomable de los antiguos Canterville se despertó en él y tomó la resolución de hablar al otro fantasma en cuanto amaneciese.

Por consiguiente, no bien el alba plateó las colinas con su contacto, volvió al sitio en que había visto por primera vez al horroroso fantasma.

Pensaba que después de todo dos fantasmas valían más que uno solo, y que, con ayuda de su nuevo amigo, podría



luchar victoriosamente con los gemelos. Pero cuando llegó al sitio, se halló en presencia de un espectáculo terrible.

Indudablemente algo le sucedía al espectro, porque la luz había desaparecido por completo de sus órbitas.

La cimitarra centelleante se había caído de su mano y estaba recostado sobre la pared en una actitud forzada e incómoda.

Simón se precipitó hacia delante y le cogió en sus brazos; pero cuál no sería su terror viendo despegarse la cabeza y rodar por el suelo, mientras el cuerpo tomaba la posición supina; notó, además, que abrazaba una cortina blanca de lienzo grueso y que a sus pies yacían una escoba, un machete de cocina y una calabaza vaciada.

Sin poder comprender aquella curiosa transformación, cogió con una mano febril el cartel, leyendo a la claridad grisácea de la mañana estas palabras terribles:



AQUI SE ENCUENTRA EL FANTASMA
OTIS,
EL UNICO ESPIRITU AUTENTICO Y
VERDADERO.
¡DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES!
TODOS LOS DEMAS SON FALSIFICADOS.

Toda la verdad se le apareció como en un relámpago.

¡Había sido burlado, chasqueado, engañado!

La expresión característica de los Canterville reapareció en sus ojos; apretó las mandíbulas desdentadas y, levantando por encima de su cabeza sus manos amarillas, juró, según el ritual pintoresco de la antigua escuela, que "cuando el gallo tocase por dos veces el cuerno de su alegre llamada se consumirían sangrientas hazañas y el crimen de callado paso saldría de su retiro".

No había terminado de formular este juramento terrible cuando de una alquería lejana, de tejado de ladrillo rojo, salió el canto de un gallo.



Lanzó una larga risotada, lenta y amarga, y esperó. Esperó una hora, y después otra; pero por alguna razón misteriosa no volvió a cantar el gallo.

Por fin, a eso de las siete y media, la llegada de las criadas le obligó a abandonar su terrible guardia y regresó a su morada, con altivo paso, pensando en su juramento vano y en su proyecto fracasado.

Una vez allí, consultó varios libros de caballería, cuya lectura le interesaba extraordinariamente; así pudo comprobar que el gallo cantó siempre dos veces en cuantas ocasiones se recurrió a aquel juramento.

—¡Que el diablo se lleve a ese animal volátil! —murmuró—. ¡En otro tiempo hubiese caído sobre él con mi buena lanza, atravesándole el cuello y obligándole a cantar otra vez para mí aunque reventara!

Dicho esto se retiró a su confortable caja de plomo, donde permaneció hasta la noche.

4

Al día siguiente el fantasma se sintió muy débil, muy cansado.

Las terribles emociones de las cuatro últimas semanas empezaban a producir su efecto.

Tenía el sistema nervioso completamente alterado y temblaba al más ligero ruido.

No salió de su habitación en cinco días y concluyó por hacer una concesión en lo relativo a la mancha de sangre del *parquet* de la biblioteca. Puesto que la familia Otis no quería verla, era indudable que no la merecía. Aquella gente estaba colocada

a ojos vistas en un plano inferior de vida material y era incapaz de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sensibles.

La cuestión de las apariciones de fantasmas y el desenvolvimiento de los cuerpos astrales eran realmente para ellos cosa desconocida e indiscutiblemente fuera de su alcance.

Constituía para él un deber ineludible mostrarse en el corredor una vez a la semana y farfullar por la gran ventana ojival el primero y el tercer miércoles de cada mes. No veía ningún medio digno de sustraerse a su obligación.

Verdad es que su vida fue muy criminal, pero quitado eso, era hombre muy concienzudo en todo cuanto se relacionaba con lo sobrenatural.

Así, pues, los tres sábados siguientes atravesó, como de costumbre, el corredor entre doce de la noche y tres de la madrugada, tomando todas las precauciones posibles para no ser visto ni oído.

Se quitaba las botas, pisaba lo más



ligeramente que podía sobre las viejas maderas carcomidas, envolvíase en una gran capa de terciopelo negro y no dejaba de usar el engrasador *Sol Levante* para lubricar sus cadenas. Me veo precisado a reconocer que sólo después de muchas vacilaciones se decidió a adoptar este último medio de protección. Pero al fin, una noche, mientras cenaba la familia, se deslizó en el dormitorio de mistress Otis y se llevó el frasquito.

Al principio se sintió un poco humillado, pero después fue suficientemente razonable para comprender que aquel invento merecía grandes elogios y que cooperaba, en cierto modo, a la realización de sus proyectos.

A pesar de todo, no se vio a cubierto de bromas.

No dejaban nunca de tenderle cuerdas de lado a lado del corredor para hacerle tropezar en la oscuridad, y una vez que se había disfrazado para el papel de *Isaac el Negro* o el *Cazador del bosque de Hogsley*,

cayó cuan largo era al poner el pie sobre una pista de maderas enjabonadas que habían colocado los gemelos desde el umbral del Salón de Tapices hasta la parte alta de la escalera de roble.

Esta última afrenta le dio tal rabia que decidió hacer un esfuerzo para imponer su dignidad y consolidar su posición social, proyectando visitar a la noche siguiente a los insolentes chicos de Eton, en su célebre papel de *Ruperto el temerario* o *El Conde sin cabeza*.

No se había mostrado con aquel disfraz desde hacía setenta años; es decir, desde que causó con él tal pavor a la bella lady Bárbara Modish que ésta retiró su consentimiento al abuelo del actual lord Canterville y se fugó a Gretna Green, con el arrogante Jack Castletown, jurando que por nada del mundo consentiría en emparentar con una familia que toleraba los paseos de un fantasma tan horrible por la terraza, al atardecer.

El pobre Jack fue al poco tiempo

muerto en duelo por Lord Canterville en la pradera de Wandsworth y lady Bárbara murió de pena en Tumbidge Wells, antes de terminar el año; así es que fue un gran éxito por todos conceptos.

Sin embargo, era, permitiéndome emplear un término de *argot* teatral para aplicarle a uno de los mayores misterios del mundo sobrenatural (o en lenguaje más científico) *del mundo superior a la Naturaleza*, era, repito, una creación de las más difíciles y necesitó sus tres buenas horas para terminar los preparativos.

Por fin todo estuvo listo; estaba contentísimo de su disfraz.

Las grandes botas de montar que hacían juego con el traje, eran, eso sí, un poco holgadas para él; y no pudo encontrar más que una de las dos pistolas de arzón; pero, en general, quedó satisfechísimo, y a la una y cuarto pasó a través del estuco y bajó al corredor.

Cuando estuvo cerca de la habitación ocupada por los gemelos, y que llamaré

el dormitorio azul, por el color de sus cortinajes, se encontró con la puerta entreabierta.

A fin de hacer una entrada sensacional, la empujó con violencia; pero se le vino encima una jarra de agua que lo empapó hasta los huesos, no dándole en el hombro por unos milímetros.

Al mismo tiempo oyó unas risas sofocadas que partían de la ancha cama con dosel.

Su sistema nervioso sufrió tal conmoción que regresó a sus habitaciones a todo escape, y al día siguiente tuvo que permanecer en la cama con un fuerte reuma.

El único consuelo que tuvo fue el de no haber llevado su cabeza sobre los hombros; pues sin esto las consecuencias hubiesen podido ser más graves.

Desde entonces renunció para siempre a espantar a aquella recia familia de americanos y se limitó a vagar por el corredor con zapatillas de orillo, envuelto el cuello en una gruesa bufanda, por temor

a las corrientes de aire, y provisto de un pequeño arcabuz para el caso en que fuese atacado por los gemelos.

Hacia el 19 de septiembre fue cuando recibió el golpe de gracia.

Había bajado por la escalera hasta el espacioso *hall*, seguro de que en aquel sitio por lo menos estaba a cubierto de jugarretas; y se entretenía en hacer observaciones satíricas sobre las grandes fotografías del embajador de Estados Unidos y de su mujer, hechas en casa de Sarow.

Iba vestido sencilla pero decentemente con un largo sudario salpicado de moho de cementerio. Habíase atado la quijada con una tira de tela amarilla y llevaba una linternita y un azadón de sepulturero.

En una palabra, iba disfrazado de *Jonás el desenterrado* o *El ladrón de cadáveres de Chertsey Barn*.

Era una de sus creaciones más notables, de la que guardaban recuerdo, con más motivo, los Canterville, ya que fue la verdadera causa de su riña con lord Rufford, vecino suyo.



Serían aproximadamente las dos y cuarto de la madrugada, y, a su juicio, no se movía nadie en la casa. Pero cuando se dirigía tranquilamente del lado de la biblioteca para ver lo que quedaba de la mancha de sangre, se abalaron hacia él, desde un rincón sombrío, dos siluetas, agitando locamente sus brazos sobre sus cabezas, mientras gritaban a su oído:

-¡Uu! ¡Uu! ¡Uu!

Lleno de un terror pánico, cosa muy natural en aquellas circunstancias, se precipitó del lado de la escalera; pero se encontró frente a Washington Otis, que le esperaba, armado con la regadera del jardín; de tal modo que cercado por sus enemigos, casi acorralado, tuvo que evaporarse en la gran estufa de hierro colado, que, afortunadamente para él, no estaba encendida, y abrirse paso hasta sus habitaciones por entre tubos y chimeneas, llegando a su domicilio en el tremendo estado en que le pusieron la agitación, el hollín y la desesperación.

Desde aquella noche no volvió a vérselo nunca de expedición nocturna.

Los gemelos se quedaron muchas veces en acecho para sorprenderle, sembrando de cáscaras de nuez los corredores todas las noches, con gran molestia de sus padres y de los criados. Pero fue inútil.

Su amor propio estaba profundamente herido sin duda y no quería mostrarse.

En vista de ello, mister Otis se puso a trabajar en su gran obra sobre la historia del partido democrático; obra que había empezado tres años antes.

Mistress Otis organizó un *clam-bake** extraordinario, del que se habló en toda la comarca. Los niños se dedicaron a jugar a la barra, al *écarté*, al *poker* y a otras diversiones norteamericanas. Virginia dio paseos a caballo por las carreteras, en compañía del duquecito de Cheshire, que se

* *Clam-bake*: plato de cocina improvisado sobre unas piedras, en una gira campestre, al que aporta cada cual lo suyo. (N. del T.)

hallaba en Canterville pasando su última semana de vacaciones.

Todo el mundo se figuraba que el fantasma había desaparecido, hasta el punto que mister Otis escribió una carta a lord Canterville para comunicárselo, y recibió en contestación otra carta en la que éste le testimoniaba el placer que le producía la noticia y enviaba sus más sinceras felicitaciones a la digna esposa del embajador.

Pero los Otis se equivocaban.

El fantasma seguía en la casa; y, aunque se hallara muy delicado, no estaba dispuesto a retirarse, sobre todo después de saber que figuraba entre los invitados el duquecito de Cheshire, cuyo tío, lord Francis Stilton, apostó una vez con el coronel Carbury a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville.

A la mañana siguiente le encontraron tendido sobre el suelo de la sala de juego, en un estado de parálisis tal que, a pesar de la edad avanzada que alcanzó, no pudo nunca pronunciar más palabra que ésta:

—¡Seis doble!

Esta historia era muy conocida en su tiempo, aunque en atención a los sentimientos de dos familias nobles se hiciera todo lo posible por ocultarla; y existe un relato detallado de todo lo referente a ella en el tomo tercero de las *Memorias de lord Tattle sobre el Príncipe Regente y sus amigos*.

Desde entonces el fantasma deseaba vivamente probar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, con los que además estaba emparentado por matrimonio, pues una prima hermana suya se casó en segundas nupcias con el señor de Bulkeley, del que descienden en línea directa, como todo el mundo sabe, los duques de Cheshire.

Por consiguiente, hizo sus preparativos para mostrarse al pequeño enamorado de Virginia en su famoso papel del *Fraille vampiro* o *El benedictino desangrado*.

Era un espectáculo tan espantoso que cuando la vieja lady Starbury se lo vio representar, es decir, la víspera del año nue-

vo 1764, empezó a lanzar chillidos agudos que tuvieron por resultado un fuerte ataque de apoplejía y su fallecimiento al cabo de tres días, no sin que desheredara antes a los Canterville y legase todo su dinero a su farmacéutico de Londres.

Pero, a última hora, el terror que le inspiraban los gemelos le retuvo en su habitación y el duquecito durmió tranquilo en el gran lecho con dosel coronado de plumas del dormitorio real, soñando con Virginia.

5

U nos días después, Virginia y su adorador de cabello rizado dieron un paseo a caballo por los prados de Brockley, paseo en el que ella se desgarró su vestido de amazona al saltar un seto, de tal manera que de vuelta a su casa entró por la escalera de atrás para que no la viesen.

Al pasar corriendo por delante de la puerta del Salón de Tapices, que estaba abierta de par en par, le pareció ver a alguien dentro.

Pensó que sería la doncella de su madre que iba con frecuencia a trabajar a esa habitación.

Asomó la cabeza para encargarle que le cosiera el vestido.

¡Pero con gran sorpresa suya quien estaba allí era el fantasma de Canterville en persona!

Se había acomodado ante la ventana, contemplando el oro llameante de los árboles amarillentos que revoloteaba por el aire, las hojas enrojecidas que bailaban locamente a lo largo de la gran avenida.

Tenía la cabeza apoyada en una mano y toda su actitud revelaba el desaliento más profundo.

Realmente presentaba un aspecto tan abrumado, tan abatido, que la pequeña Virginia, en vez de ceder a su primer impulso, que fue echar a correr y encerrarse en su cuarto, se sintió llena de compasión y tomó el partido de ir a consolarle.

Tenía la muchacha un paso tan ligero y él una melancolía tan honda, que no se dio cuenta de su presencia hasta que ella le habló.

—Lo he sentido mucho por usted

—dijo—, pero mis hermanos regresan mañana a Eton, y entonces, si se porta usted bien, nadie le atormentará.

—Es inconcebible pedirme que me porte bien —le respondió, contemplando estupefacto a la jovencita que tenía la audacia de dirigirle la palabra—. Perfectamente inconcebible. Es necesario que yo sacuda mis cadenas, que gruñan por los agujeros de las cerraduras y que corree de noche. ¿Eso es lo que usted llama portarse mal? No tengo otra razón de ser.

—Eso no es una razón de ser. En sus tiempos fue usted muy malo, ¿sabe? Mistress Umney nos dijo el mismo día que llegamos que mató usted a su esposa.

—Sí, lo reconozco —respondió incautamente el fantasma—. Pero era un asunto de familia y nadie tenía que meterse.

—Está muy mal matar a alguien —dijo Virginia, que a veces adoptaba un bonito gesto de gravedad puritana, heredado quizás de algún antepasado venido de Nueva Inglaterra.

—¡Oh, no puedo sufrir la severidad barata de la moral abstracta! Mi mujer era feísima. No almidonaba nunca lo bastante mis puños y no sabía nada de cocina. Mire usted, un día había yo cazado un soberbio ciervo en los bosques de Hogsley, un hermoso macho de dos años. ¡Pues no puede usted figurarse cómo me lo sirvió! Pero, en fin, dejemos esto. Es asunto liquidado y me parece muy mal que sus hermanos me dejaran morir de hambre aunque yo la matase.

—¡Que le dejaron morir de hambre! ¡Oh, señor fantasma!... Don Simón, quiero decir, ¿es que tiene usted hambre? Hay un *sandwich* en mi costurero. ¿Le gustaría?

—No, gracias, ahora ya no como; pero, de todos modos, lo encuentro amabilísimo de su parte. ¡Es usted bastante más atenta que el resto de su horrible, arisca, ordinaria y ladrona familia!

—¡Basta! —exclamó Virginia, dando con el pie en el suelo—. El arisco, el ho-



rrible y el ordinario es usted. En cuanto a lo de ladrón, bien sabe usted que me ha robado mis colores de la caja de pinturas para restaurar esa ridícula mancha de sangre en la biblioteca. Empezó usted por coger todos mis rojos, incluso el bermellón, imposibilitándome para pintar puestas de sol. Después agarró usted el verde esmeralda y el amarillo cromo. Finalmente, sólo me quedaba el añil y el blanco china. Así es que ahora no puedo hacer más que claros de luna, que da pena ver, e incomodísimos además de colorear. Y no le he acusado, aun estando molesta y a pesar de que todas esas cosas son completamente ridículas. ¿Se ha visto alguna vez sangre color verde esmeralda?...

—Vamos a ver —dijo el fantasma, con cierta dulzura—, ¿y qué iba yo a hacer? Es difícilísimo en los tiempos actuales conseguirse sangre de verdad, y ya que su hermano empezó con su quitamanchas incomparable, no veo por qué no iba yo a emplear los colores de usted para resistir.

En cuanto al color, es cuestión de gusto. Así, por ejemplo, los Canterville tienen sangre azul; la sangre más azul que existe en Inglaterra... Aunque ya sé que ustedes los americanos no hacen el menor caso de esas cosas.

—No sabe usted nada y lo mejor que puede hacer es emigrar y así se formará una idea. Mi padre tendrá un verdadero gusto en proporcionarle un pasaje gratuito y, aunque haya derechos elevadísimos sobre toda clase de ideas, no pondrán dificultades en la Aduana. Una vez en Nueva York, usted puede contar con un gran éxito. Conozco infinidad de personas que darían cien mil dólares por tener antepasados y que sacrificarían mayor cantidad aún por tener un fantasma de familia.

—Creo que no me divertiría mucho en Estados Unidos.

—Quizá se deba a que allí no tenemos ni ruinas, ni curiosidades —dijo burlescamente Virginia.

—¡Qué curiosidades, ni qué ruinas!

—contestó el fantasma—. Tienen ustedes su marina y sus modales.

—Buenas noches; voy a pedir a papá que conceda a los gemelos una semana más de vacaciones.

—¡No se vaya, miss Virginia, se lo suplico! —exclamó el fantasma—. Estoy tan solo y soy tan desgraciado que no sé qué hacer. Quisiera ir a acostarme y no puedo.

—Pues es inconcebible: no tiene usted más que meterse en la cama y apagar la luz. Algunas veces es difícilísimo permanecer despierto, sobre todo en una iglesia, pero en cambio dormir es muy sencillo. Ya ve usted, los gemelos saben dormir admirablemente, y no son más listos.

—Hace trescientos años que no duermo —dijo el anciano tristemente, haciendo que Virginia abriese mucho sus hermosos ojos azules llenos de asombro—. Hace ya trescientos años que no duermo, así es que me siento cansadísimo.

Virginia adoptó un aspecto grave, y

sus labios finos se movieron como pétalos de rosa.

Se acercó, y, arrodillándose al lado del fantasma, contempló su rostro envejecido y arrugado.

—Pobrecito fantasma —profirió a media voz—, ¿no hay ningún sitio donde pueda usted dormir?

—Allá lejos, pasado el pinar —respondió él en voz baja y soñadora—, hay un jardincito. La hierba crece en él alta y espesa; allí pueden verse las grandes estrellas blancas de la cicuta; allí el ruiseñor canta durante toda la noche. Canta toda la noche y la luna de cristal helado deja caer su mirada y el tejo extiende sus brazos de gigante sobre los durmientes.

Los ojos de Virginia se empañaron de lágrimas y sepultó la cara entre sus manos.

—Se refiere usted al jardín de la Muerte —murmuró.

—Sí, de la muerte ¡que debe ser tan hermosa! ¡Descansar en la blanda tierra

oscura, mientras las hierbas se balancean encima de nuestra cabeza, y escuchar el silencio! No tener ni ayer ni mañana. Olvidarse del tiempo y de la vida, morar en paz. Usted puede ayudarme; usted puede abrirme de par en par las puertas de la Muerte, porque el amor le acompaña a usted siempre y el amor es más fuerte que la muerte.

Virginia tembló. Un estremecimiento helado recorrió todo su ser y durante unos instantes hubo un gran silencio.

Le parecía estar viviendo un sueño terrible. Entonces el fantasma habló de nuevo con una voz que resonaba como los suspiros del viento:

—¿Ha leído usted alguna vez la antigua profecía que hay sobre las vidrieras de la biblioteca?

—¡Oh, muchas veces! —exclamó la muchacha levantando los ojos—. La conozco muy bien. Está pintada con unas curiosas letras doradas y se lee con dificultad. No tiene más que estos seis versos:

*Cuando una joven rubia logre hacer brotar
una oración de los labios del pecador,
cuando el almendro estéril dé fruto
y una niña deje correr su llanto,
entonces, toda la casa recobrará la tranquilidad
Y volverá la paz a Canterville.*

"Pero no sé lo que significan.

—Significan que usted tiene que llorar conmigo mis pecados, porque no tengo lágrimas, y que usted tiene que rezar conmigo por mi alma, porque no tengo fe; y entonces, si usted ha sido siempre dulce, buena y cariñosa, el ángel de la muerte se apoderará de mí. Usted verá seres terribles en la tinieblas y voces funestas murmurarán en sus oídos, pero no podrán hacerle ningún daño, porque contra la pureza de una niña no pueden nada las potencias infernales.

Virginia no contestó. El fantasma se retorció las manos en la violencia de su desesperación, sin dejar de mirar la rubia cabeza inclinada.

De pronto la joven se irguió, muy pálida, con un fulgor extraño en los ojos.

—No tengo miedo —dijo con voz firme— y rogaré al ángel que se apiade de usted.

El fantasma se levantó de su asiento lanzando un débil grito de alegría, cogió la blonda cabeza entre sus manos con una gentileza que recordaba los tiempos pasados, y la besó.

Sus dedos estaban fríos como el hielo y sus labios abrasaban como el fuego, pero Virginia no flaqueó; después la hizo atravesar la estancia sombría.

Sobre el tapiz de un verde apagado estaban bordados unos pequeños cazadores. Soplaban en sus cuernos adornados de flecos, y con sus lindas manos le hacían gestos de que retrocediese.

—Vuelve sobre tus pasos, Virginita. ¡Vete, vete! —gritaban.

Pero el fantasma apresuró entonces el paso y Virginia no oyó nada.

Cuando llegaron al extremo de la estancia, el viejo se detuvo murmurando unas palabras que ella no comprendió. Volvió a abrir los ojos y vio disiparse el muro lentamente, como una neblina, y abrirse ante ella una negra caverna.

Un áspero y helado viento les azotó, sintiendo la muchacha que la tiraban del vestido.

—Deprisa, deprisa —gritó el fantasma— o será demasiado tarde.

En ese mismo momento el muro se cerró detrás de ellos y el Salón de Tapices quedó desierto.

6

U nos diez minutos después sonó la campana para el té, y Virginia no bajó.

Mistress Otis envió a uno de los criados a buscarla.

No tardó en volver diciendo que no había podido descubrir a miss Virginia por ninguna parte.

Como la muchacha tenía la costumbre de ir todas las tardes al jardín a coger flores para la cena, mistress Otis no se inquietó lo más mínimo. Pero sonaron las seis y Virginia no aparecía.

Entonces su madre se sintió seriamente intranquila y envió a sus hijos en su

busca, mientras ella y su marido recorrían todas las habitaciones de la casa.

A las seis y media volvieron los gemelos diciendo que no habían encontrado huellas de su hermana por parte alguna.

Entonces se conmovieron todos extraordinariamente, y nadie sabía qué hacer, cuando mister Otis recordó de repente que pocos días antes había permitido acampar en el parque a una tribu de gitanos.

Así es que salió inmediatamente para Blackfel Hollow, acompañado de su hijo mayor y de dos criados de la granja.

El duquecito de Cheshire, completamente loco de inquietud, rogó con insistencia a mister Otis que le dejara acompañarle, pero éste se negó temiendo algún problema. Mas cuando llegó al sitio en cuestión, vio que los gitanos se habían marchado.

Sin duda alguna se habían dado en huir, pues el fuego ardía todavía y quedaban platos sobre la hierba.

Después de mandar a Washington y a los dos hombres que registrasen los alrededores, se apresuró a regresar y envió telegramas a todos los inspectores de policía del condado, rogándoles que buscaran a una joven raptada por unos vagabundos o gitanos.

Luego hizo que le trajeran su caballo y después de insistir para que su mujer y sus tres hijos se sentaran a la mesa, partió con un *groom* por el camino de Ascot.

Había recorrido apenas dos millas, cuando oyó un galope a su espalda.

Se volvió, viendo al duquecito que llegaba en su *poney* con la cara sofocada y la cabeza descubierta.

—Lo siento muchísimo —le dijo el joven con voz entrecortada—, pero me es imposible comer mientras Virginia no aparezca. Se lo ruego, no se enoje conmigo. Si nos hubiera usted permitido casarnos el año último, no habría pasado esto nunca. ¿No me rechaza usted, verdad? ¡No puedo ni quiero irme!

El embajador no pudo menos de dirigir una sonrisa a aquel muchacho hermoso y atolondrado, conmovidísimo ante la abnegación que mostraba por Virginia.

Inclinándose sobre su caballo, le acarició los hombros bondadosamente y le dijo:

—Pues bien, Cecil, ya que usted insiste en quedarse no me queda más remedio que admitirle en mi compañía. Pero, eso sí, tengo que comprarle un sombrero en Ascot.

—¡Al diablo los sombreros! ¡Lo que quiero es a Virginia! —exclamó el duquecito riendo.

Y acto seguido galoparon hasta la estación.

Una vez allí, mister Otis preguntó al jefe si no habían visto en el andén de salida a una joven cuyas señas correspondieran con las de Virginia. Pero no averiguó nada sobre ella.

De todos modos, el jefe de la estación expidió telegramas a las estaciones del



trayecto ascendentes y descendentes, y le prometió ejercer una vigilancia minuciosa.

Enseguida, después de comprar un sombrero para el duquecito en una tienda de novedades que se disponía a cerrar, mister Otis cabalgó hasta Bexley, pueblo situado cuatro millas más allá, y que, según le dijeron, era muy frecuentado por los gitanos.

Hicieron levantarse al guardia rural, pero no pudieron conseguir ningún dato de él.

Así es que ambos jinetes, luego de atravesar la plaza, tomaron otra vez el camino de casa, llegando a Canterville a eso de las once, rendidos de cansancio y con el corazón desgarrado por la inquietud.

Se encontraron allí con Washington y los gemelos esperándoles a la puerta con linternas, porque la avenida estaba muy oscura.

No se había descubierto la menor

señal de Virginia. Los gitanos fueron alcanzados en el prado de Brockley, pero la joven no estaba entre ellos.

Explicaron la prisa de su marcha diciendo que habían equivocado el día que debía celebrarse la feria de Chorton y que el temor de llegar demasiado tarde les obligó a apurarse.

Además, parecieron desconsolados por la desaparición de Virginia, pues estaban agradecidísimos a mister Otis por haberles permitido acampar en su parque. Cuatro de ellos se quedaron detrás para tomar parte en las pesquisas.

Se hizo vaciar el estanque de las carpas. Registraron la finca en todos sus sentidos, pero no consiguieron nada.

Era evidente que Virginia estaba perdida, al menos por aquella noche. Con un aire de profundo abatimiento, entraron en casa mister Otis y los jóvenes seguidos del *groom*, que llevaba de las bridas al caballo y al *poney*.

En el *hall* se encontraron con el grupo de los criados llenos de terror.

La pobre mistress Otis estaba acostada sobre un sofá de la biblioteca casi loca de espanto y de ansiedad, y la vieja ama de casa le humedecía la frente con agua de Colonia.

Fue una comida tristísima.

Apenas se hablaba y hasta los mismos gemelos parecían despavoridos y consternados, pues querían mucho a su hermana.

Cuando terminaron, mister Otis, a pesar de los ruegos del duquecito, mandó que todo el mundo se acostase, ya que no podía hacerse cosa alguna aquella noche; al día siguiente telegrafiaría a Scotland Yard para que pusieran inmediatamente varios detectives a su disposición.

Pero de pronto, en el preciso momento en que salían del comedor, sonaron las doce en el reloj de la torre.

Apenas acababan de extinguirse las vibraciones de la última campanada,

cuando se oyó un crujido acompañado de un grito penetrante.

Un trueno formidable bamboleó la casa, y una melodía que no tenía nada de terrenal flotó en el aire.

Un lienzo de pared se despegó bruscamente en lo alto de la escalera, y sobre el rellano, muy pálida, casi blanca, apareció Virginia llevando en la mano una cajita.

Inmediatamente se precipitaron todos hacia ella.

Mister Otis la estrechó apasionadamente contra su corazón.

El duquecito casi la ahogó con la violencia de sus besos y los gemelos ejecutaron una danza de guerra salvaje alrededor del grupo.

—¡Ah!, ¡hija mía!, ¿dónde te habías metido? —dijo mister Otis bastante enojado, creyendo que les había querido hacer una broma a todos ellos—. Cecil y yo hemos registrado toda la comarca en busca tuya, y tu madre ha estado a punto de

morirse de espanto. No vuelvas a hacer bromitas de ese género a nadie.

—¡Menos al fantasma, menos al fantasma! —gritaron los gemelos continuando sus cabriolas.

—Hija mía querida, gracias a Dios que te hemos encontrado; ya no nos volveremos a separar —murmuraba mister Otis besando a la muchacha, toda trémula, y acariciando sus cabellos de oro que se desparramaban sobre sus hombros.

—Papá —dijo dulcemente Virginia—, estaba con el fantasma. Ha muerto ya. Es preciso que vayas a verle. Fue muy malo, pero se ha arrepentido sinceramente de todo lo que había hecho y antes de morir me ha dado esta caja de hermosas joyas.

Toda la familia la contempló muda y aterrada, pero ella tenía un aire muy solemne y muy serio.

Enseguida, dando media vuelta, les precedió a través del hueco de la pared y bajaron por un corredor secreto.

Washington les seguía llevando una vela encendida que cogió de la mesa. Por fin, llegaron a una gran puerta de roble, erizada de recios clavos.

Virginia la tocó y entonces la puerta giró sobre sus goznes enormes, y se hallaron en una habitación estrecha y baja, con el techo abovedado que tenía una ventanita.

Junto a una gran argolla de hierro empotrada en el muro, con la cual estaba encadenado, se veía un largo esqueleto, extendido cuan largo era sobre las losas.

Parecía estirar sus dedos descarnados como intentando llegar a un plato y a un cántaro de forma antigua, colocados de tal forma que no pudiera alcanzarlos.

El cántaro había estado lleno de agua indudablemente, pues tenía su interior tapizado de moho verde.

Sobre el plato no quedaba más que un montón de polvo.

Virginia se arrodilló junto al esqueleto, y, uniendo sus manitos, se puso a rezar



en silencio, mientras la familia contemplaba con asombro la horrible tragedia cuyo secreto acababa de serle revelado.

—¡Increíble! —exclamó de pronto uno de los gemelos, que había ido a mirar por la ventanita, queriendo adivinar hacia qué lado del edificio caía aquella habitación—. ¡Increíble! El antiguo almendro que estaba seco ha florecido. Se ven admirablemente las hojas a la luz de la luna.

—¡Dios le ha perdonado! —dijo gravemente Virginia, levantándose. Y un magnífico resplandor parecía iluminar su rostro.

—¡Eres un ángel! —exclamó el duquecito, ciñéndole el cuello con sus brazos y besándola.

7

Cuatro días después de estos curiosos sucesos, a eso de las once de la noche, salía un fúnebre cortejo de Canterville-Chase.

El carro iba arrastrado por ocho caballos negros, cada uno de los cuales llevaba adornada la cabeza con un gran penacho de plumas de avestruz que se balanceaban.

La caja de plomo iba cubierta por un rico paño de púrpura, sobre el cual estaban bordadas en oro las armas de los Canterville.

A cada lado del carro y de los coches

marchaban los criados, llevando antorchas encendidas.

Toda aquella comitiva tenía un aspecto grandioso e impresionante.

Lord Canterville presidía el duelo; había venido del país de Gales expresamente para asistir al entierro y ocupaba el primer coche con la pequeña Virginia.

Después iban el embajador de los Estados Unidos y su esposa, y detrás Washington y los tres muchachos.

En el último coche iba mistress Umney. Todo el mundo convino en que, después de haber sido atemorizada por el fantasma por espacio de más de cincuenta años, tenía realmente derecho a verle desaparecer para siempre.

Cavaron una profunda fosa en un rincón del cementerio, precisamente bajo el tejo centenario; y dijo las últimas oraciones del modo más patético, el reverendo Augusto Dampier.

Una vez terminada la ceremonia, los criados, siguiendo una antigua costum-

bre establecida en la familia Canterville, apagaron sus antorchas.

Luego, al bajar la caja a la fosa, Virginia se adelantó colocando encima de ella una gran cruz hecha con flores de almendro, blancas y rojas.

En aquel momento salió la luna de detrás de una nube e inundó el cementerio con sus silenciosas oleadas de plata; y de un bosquecillo cercano se elevó el canto de un ruiseñor.

Virginia recordó la descripción que le hizo el fantasma del jardín de la Muerte; sus ojos se llenaron de lágrimas y apenas pronunció una palabra durante el regreso.

A la mañana siguiente, antes que lord Canterville partiese para la ciudad, mister Otis conferenció con él respecto de las joyas entregadas por el fantasma a Virginia.

Eran soberbias, magníficas.

Había, sobre todo, un collar de rubíes en una antigua montura veneciana, que

era un espléndido trabajo del siglo XVI, y el conjunto representaba tal cantidad que mister Otis sentía vivos escrúpulos en permitir a su hija que se quedara con ellas.

—Milord —dijo el embajador—, sé que en este país se aplica la mano muerta lo mismo a los objetos menudos que a las tierras, y es evidente, evidentísimo para mí, que estas joyas deben quedar en manos de usted como legado de familia. Le ruego, por lo tanto, que consienta en llevárselas a Londres, considerándolas simplemente como una parte de su herencia que le fuera restituida en circunstancias extraordinarias. En cuanto a mi hija, no es más que una chiquilla, y hasta hoy, me complace decirlo, siente poco interés por esas futilidades de lujo superfluo. He sabido igualmente por mistress Otis, cuya autoridad no es despreciable en cosas de arte, dicho sea de paso, pues ha tenido la suerte de pasar varios inviernos en Boston siendo muchacha, que esas piedras

preciosas tienen un gran valor monetario, y que si se pusieran en venta producirían una bonita suma. En estas circunstancias, lord Canterville, reconocerá usted, indudablemente, que no puedo permitir que queden en manos de ningún miembro de mi familia. Además de que todos esos *bibelots* y todos esos juguetes, por muy apropiados y necesarios que sean a la dignidad de la aristocracia británica, estarían fuera de lugar entre personas educadas según los severos principios, según los inmortales principios, pudiera decirse, de la sencillez republicana. Quizás me atrevería a asegurar que Virginia tiene gran interés en que usted le deje la capita que encierra esas joyas en recuerdo de las locuras y de los infortunios de su antepasado. Y como esa caja está muy vieja y por consiguiente deterioradísima, quizás usted encuentre razonable acoger favorablemente su petición. En cuanto a mí, confieso que me sorprende mucho ver a uno de mis hijos demostrar interés

por una cosa de la Edad Media. La única explicación que le encuentro es que Virginia nació en un barrio de Londres al poco tiempo de regresar mistress Otis de una excursión a Atenas.

Lord Canterville escuchó imperturbable el discurso del digno embajador, atusándose de vez en cuando su bigote gris, para ocultar una sonrisa involuntaria.

Una vez que hubo terminado mister Otis, le estrechó cordialmente la mano y contestó:

—Mi querido amigo, su encantadora hijita ha prestado un servicio importantísimo a mi desgraciado antecesor. Mi familia y yo le estamos reconociéndolos por su maravilloso valor y por la sangre fría que ha demostrado. Las joyas le pertenecen sin duda alguna, y creo que si yo tuviese suficiente insensibilidad para quitárselas, el viejo tunante saldría de su tumba al cabo de quince días para hacerme imposible la vida. En cuanto a que sean joyas de familia, no podrían serlo



sino después de estar especificadas como tales en un testamento, en un acto legal; y la existencia de estas joyas permaneció siempre ignorada. Le aseguro que son tan mías como de su mayordomo. Cuando miss Virginia sea mayor, le aseguro que le encantará tener cosas tan lindas que llevar. Además, mister Otis, olvida usted que adquirió el inmueble y el fantasma bajo inventario. De modo que todo lo que pertenece al fantasma le pertenece a usted. A pesar de las pruebas de actividad que ha dado sir Simón por el corredor, no por eso deja de estar menos muerto desde el punto de vista legal, y su compra le hace a usted dueño de lo que le pertenecía a él.

Mister Otis se quedó muy preocupado ante la negativa de lord Canterville y le rogó que reflexionara nuevamente en su decisión; pero el excelente par se mantuvo firme y terminó por convencer al embajador de que aceptase el regalo del fantasma.

Cuando, en la primavera de 1890, la

duquesita de Cheshire fue presentada por primera vez en la recepción de la Reina, con motivo de su casamiento, sus joyas fueron motivo de general admiración. Porque Virginia fue agraciada con el tortil o lambrequín* de baronía, que se otorga como recompensa a todas las americanitas juiciosas, y se casó con su novio en cuanto éste tuvo edad para ello.

Ambos eran tan agradables y se amaban de tal modo que a todo el mundo le encantó aquel matrimonio, menos a la vieja marquesa de Dumbleton, que venía haciendo todo lo posible por atrapar al duquecito y casarle con una de sus siete hijas.

Para conseguirlo, dio a lo menos tres grandes comidas costosísimas.

Cosa rara: mister Otis sentía una viva simpatía personal por el duquecito, pero, teóricamente, era enemigo del *particularismo*, y, según sus propias palabras, "era

* Cinta que se enlaza alrededor de una corona y que es la insignia de barón. (N. del T.)

de temer que, entre las influencias debilitantes de una aristocracia ávida de placer, fueran olvidados los verdaderos principios de la sencillez republicana".

Pero nadie hizo caso de sus observaciones, y cuando avanzó por la nave lateral de la iglesia de San Jorge, en Hanover-Square, llevando a su hija del brazo, no había hombre más orgulloso en toda Inglaterra.

Después de la luna de miel, el duque y la duquesa regresaron a Canterville-Chase, y al día siguiente de su llegada, por la tarde, fueron a dar una vuelta por el cementerio solitario, próximo al pinar.

Al principio les preocupó mucho lo relativo a la inscripción que debía grabarse sobre la losa fúnebre de sir Simón, pero concluyeron por decidir que se pondrían simplemente las iniciales del viejo gentil-hombre y los versos escritos en la ventana de la biblioteca.

La duquesa llevaba unas rosas magníficas que desparramó sobre la tumba;

después de permanecer allí un rato, pasearon por las ruinas del claustro de la antigua abadía.

La duquesa se sentó sobre una columna caída, mientras su marido, recostado a sus pies, contemplaba sus lindos ojos fumando un cigarrillo.

De pronto tiró el cigarrillo y, cogiéndole una mano, le dijo:

—Virginia, una mujer no debe tener secretos con su marido.

—Y no los tengo, querido Cecil.

—Sí los tienes —le respondió sonriendo—. No me has dicho nunca lo que sucedió mientras estuviste encerrada con el fantasma.

—Ni se lo he dicho nunca a nadie —replicó gravemente Virginia.

—Ya lo sé; pero me lo podrías decir a mí.

—Cecil, te ruego que no me lo preguntes. No puedo realmente decírtelo. ¡Pobre sir Simón! Le debo mucho. Sí, no te rías, Cecil, le debo mucho realmente. Me hizo

ver lo que es la vida, lo que significa la muerte y por qué el amor es más fuerte que la muerte.

El duque se levantó para besar amorosamente a su mujer.

—Puedes guardar tu secreto mientras posea yo tu corazón —dijo a media voz.

—Siempre fue tuyo.

—Se lo dirás algún día a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó.

Oscar Wilde nació en 1864, en Dublín, Irlanda. A los 17 años ingresó en el reputado Trinity College de Dublín y en 1874 en el Magdalen College de Oxford. En este último se destaca en lenguas clásicas y con su poema *Ravena* gana el premio Newdigate concedido por esa universidad.

En 1878 se traslada a Londres, donde conoce a importantes escritores y pronto se transforma en una figura habitual de los salones londinenses. Dos años después escribe su primera obra de teatro: *Vera o los nihilistas*, que se estrenaría en 1883. Antes, en 1881, había publicado sus *Poemas* y realizado una exitosa gira por los Estados Unidos. Después de dos años de estadía en París, en 1884, se casa con Constance Lloyd, con quien tendrá dos hijos.

Entre 1888 y 1894 Wilde desarrolla una intensa labor literaria. De entonces datan sus cuentos reunidos en *El príncipe feliz*, un clásico en su género, los dos libros de relatos *Una casa de granadas* y *El crimen de Lord Arthur Savile*, y su única novela: *El retrato de Dorian Gray*, 1891.

A esa altura Wilde es ya muy conocido no sólo por sus escritos sino que también por su ingenio, su ironía, su esnobismo y su brillante conversación. Ha empezado a crear obras de teatro para los actores y actrices más importantes de Londres. En 1892 estrena su drama *El abanico de Lady Windermere y Salomé*, que es prontamente prohibida por tratar un tema bíblico. Un año después pone en escena su comedia *Una mujer sin importancia*, y luego, en 1895, *Un marido ideal*. Su obra maestra, *La importancia de llamarse Ernesto*, también será estrenada ese mismo año.

En todas estas piezas teatrales el escritor ha criticado ferozmente las costumbres y la moral de la Inglaterra victoriana. Ésta se venga condenándolo a dos años de prisión por prácticas homosexuales. Cuando sale de la cárcel, completamente arruinado, Wilde viaja a Francia, donde vivirá mantenido por sus amigos.

En 1898 publica *La balada de la cárcel de Reading*, la mejor y más profunda de sus obras poéticas.

El escritor muere en París en 1900.

TÍTULOS DE LITERATURA CHILENA PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

Antología poética para jóvenes (Clásicos. Modernos. Contemporáneos) <i>Selección de</i> <i>Hugo Montes</i>	Cuentos de Chile 1 <i>Selección</i> <i>de Floridor Pérez</i>
Antología poética de Vicente Huidobro <i>Selección de</i> <i>José Manuel Zañartu</i>	Cuentos de Chile 2 <i>Selección de</i> <i>Floridor Pérez</i>
Caleuche <i>Magdalena Petit</i>	Cuentos secretos de la historia de Chile <i>Jacqueline Balcells y</i> <i>Ana María Güiraldes</i>
Como en Santiago; Cada oveja con su pareja <i>Daniel Barros Grez</i>	Cuero de Diablo. Cuentos. <i>Guillermo Blanco</i>
Cuando el viento desapareció; Mac, el microbio desconocido <i>Hernán del Solar</i>	Deja que los perros ladren; El senador no es honorable <i>Sergio Vodanovic</i>
	El camino de la ballena; <i>Francisco Coloane</i>

El cepillo de dientes;
El velero en la botella
Jorge Díaz

El delincuente, el vaso de
leche y otros cuentos
Manuel Rojas

El hallazgo y otros
cuentos
Baldomero Lillo

El hombre de la rosa
y otros cuentos
Manuel Rojas

El lobero y otros cuentos
de Chiloé
Beatriz Concha

El loco Estero
Alberto Blest Gana

El último grumete
de la Baquedano
Francisco Coloane

En jauja la megistrú
Guillermo Blanco

Fuerte Bulnes;
Chiloé, cielos cubiertos
María Asunción Requena

Gracia y el forastero
Guillermo Blanco

¡Hay que salvar a Sole!
Angélica Dossetti

Hijo de ladrón
Manuel Rojas

Hombres del Sur. Cuentos.
Manuel Rojas

Inocente paraíso
Beatriz Concha

Kid Pantera
Hernán del Solar

La espada y el canelo
Alejandro Magnet

La Ciudad
de los Césares
Manuel Rojas

La Hechizada
Fernando Santiván

La Quintrala
Magdalena Petit

Lanchas en la Bahía
Manuel Rojas

Lautaro, joven
libertador de Arauco
Fernando Alegría

Los conquistadores
de la Antártida
Francisco Coloane

Los Pincheira
Magdalena Petit

Los niños de la
Cruz del Sur
Manuel Peña Muñoz

Martín Rivas
Alberto Blest Gana

Mitos y leyendas
de Chile
Floridor Pérez

Obras completas.
Tomo 1.

La última Niebla;
La historia de María
griselda
y otros escritos
María Luisa Bombal

Obras completas
Tomo 2
La amortajada;
el árbol y otros escritos
María Luisa Bombal

Pacha Pulai
Hugo Silva

Palomita Blanca
Enrique Lafourcade

Pepita de Oro
Enrique Lafourcade

Roble Huacho

Daniel Belmar

Soy Jemmy Button,
el salvaje

Francisco Hervé

Subsole

Baldomero Lillo

Subterra

Baldomero Lillo